

confirma este aserto. En uno de sus viajes como concertista por Rusia, con ocasión de un recital en Kief, la princesa Sayn-Vittgenstein, que atraída por su fama pagó por una localidad 100 rublos, quedó deslumbrada por el doble atractivo de la persona y del artista, entablando con él una amistad que, convertida en amorosa, ligó a ambos, que establecieron su residencia en Weimar (la patria de Mozart), donde Liszt fué llamado para ocupar el puesto de director de música del gran duque. Esta permanencia en tan musical ciudad se dejó sentir intensamente, pues con su poderoso aliento creó lo que pudiéramos llamar un hermoso hogar de arte, cuya benéfica influencia se dejó sentir en toda Alemania por mucho tiempo y aún irradió a otros países de Europa. En esta época, sin duda la más fecunda, escribió sus grandes poemas sinfónicos, género musical que siguiendo las líneas trazadas por Berlioz elevó de un modo considerable, abriéndole nuevos y luminosos horizontes *Mazepa, Fausto, Dante, Los preludios* en su forma definitiva, etc.

Desde el alto puesto que ocupaba, ordenado su trabajo y compartiéndolo con la creación de sus propias obras, pudo demostrar la grandeza de su alma y la nobleza de su corazón, atendiendo a los músicos de valía, a los que ayudaba moral y hasta materialmente, en un hidalgo y singular mecenazgo. Bajo sus auspicios morales y también de una manera práctica, como director de orquesta, estrenó innúmeras obras de concierto, así como las óperas *Benvenuto Cellini*, de Berlioz; *El barbero de Bagdad*, de Péter Cornelius, y con todo ímpetu y decisión, *Tannhauser* y *Lohengrin*, de Ricardo Wágner, por quien sentía gran admiración y en quien adivinaba el genio futuro renovador del teatro lírico y creador de la llamada «música del porvenir». Las malas pasiones, las ruindades de los mezquinos y pretenciosos, de los impotentes roídos por la envidia, lograron, como por desgracia siempre suele ocurrir, crearle tantas dificultades y propor-

cionarle tantos disgustos, precisamente por la hermosa labor que realizaba, que llegó a hastiarse, abandonando su puesto desde el que tanto bien había hecho y trasladándose a Roma seguido de sus discípulos y adeptos, en busca de un ambiente de mayor paz y tranquilidad, tras de haber roto sus largas relaciones con la princesa. Una nueva crisis espiritual, que como hemos visto eran en él frecuentes, le encaminó de nuevo al misticismo y, en este caso, con tan acentuados caracteres, que ingresó en la Orden Tercera de San Francisco, tomando más tarde las órdenes menores. De esta época datan sus oratorios *La leyenda de Santa Isabel* y *Christus*, en los que demuestra palpablemente la sinceridad de su inclinación religiosa. Culminando a la sazón el triunfo definitivo de Wágner, al que tanto contribuyó el aliento y la ayuda de Liszt, éste se trasladó a la ciudad de Bayreuth para asistir a las representaciones wagnerianas en el teatro que para este fin se había construído en esta ciudad. En Bayreuth le sorprendió la muerte en 1886. luctuoso acontecimiento que causó verdadera consternación en todo el mundo musical, dejando de existir carnalmente un gran genio, no todo lo bien comprendido que debiera en su tiempo —es, por desgracia, frecuente el caso—, pero cuya pervivencia espiritual será eterna porque eterna es la belleza de su obra sonora.

\* \* \*

La obra de Liszt fué y aún sigue siendo, como ocurre con todo lo que tiene un positivo valor, discutida, ensalzada y depreciada hasta lo hiperbólico, pero el tiempo, gran nivelador y gran justiciero, se ha encargado de juzgarla serenamente, limpia ya de la neblina de las pasiones humanas, y salvo particulares y subjetivas preferencias, se reconoce como monumento sonoro de espléndida magnitud y belleza que conmueve, deleita y asombra a los públicos conscientes, tanto en los conciertos sinfónicos, donde se pueden apreciar las riquezas de su magistral paleta or-